

Torva mirada de los ojos fieros
Del círculo de moros caballeros
Pesó sobre don Juan desde su entrada,
Manteniéndose en él, tenaz, clavada,
Hasta los pies del granadino trono;
Bien revelando el animoso encono,
Conque su roja cruz se ve en Granada.

Don Juan, empero, en ademán tranquilo,
Y mesurado aunque orgulloso porte,
Avanzó hasta el mármol peristilo
Que da entrada al salón do está la corte:
Llegó hasta el trono de Muley y en tierra,
Sin humildad, hincando una rodilla,
Presentóle una caja en que se encierra
Su régia credencial dada en Sevilla.

Tomóla sin abrirla el africano
Con altivo desden, y del prolijo
Ceremonial haciendo al castellano
Amplia merced, lacónico le dijo:
"Ya te escucha Muley: habla, cristiano."
Púsose en pie don Juan, y con pausada
Voz, que pudo entender el mas lejano,
De esta manera espuso su embajada:

"Yo, don Juan de la Vera, caballero
Comendador del órden de Santiago,
En nombre de mi rey vengo: primero,
A reclamar al atrasado pago
De tu tributo anual íntegro, entero,
Y despues, de Castilla con Granada
La tregua á prolongar, que es acabada."

Dijo don Juan, y enrojeció el semblante
Del árabe la cólera: en la estancia
Rumor universal cundió al instante
De indignacion terrible, la arrogancia
De tal mensaje oyendo: más de un guante
Se alzó en contestacion de su jactancia:
Más de un moro dió un paso hácia adelante,
Puesta la mano en el alfanje: empero
Sus iras atajó Muley severo.

*Cristiano (dijo el rey con voz airada),
Ve á decir á los reyes castellanos
Que han muerto ya los reyes de Granada
Que pagaban tributo á los cristianos:
Que la moneda entonces acuñada
No conocemos ya, ni nuestras manos
Labran ya mas metales que el acero
De que forja su arnés el caballero.

*Oiste: parte, pues. Yo te perdono
La vida y la embajada. A la frontera
Del reino salvo llegarás: mi encono
No infringirá mi fé: mas la postrera
Colina al trasponer donde mi trono
Se respeta y tremola mi bandera,
De mí hablar oirás, yo te lo juro,
Castellano. Ve en paz, que vas seguro."

"Moros, dijo don Juan con altanero
Mas tranquilo ademan, si mi mensaje
Os ofendió, ved bien que el mensajero
Ni un punto le ha añadido: mi lenguaje
Fué esactamente el de mi rey: y espero
Que ninguno por él me hará el ultraje
De esquivar con desden, si es que me halla,
El bote de mi lanza en la batalla."

Dijo Don Juan. Los nobles africanos,
De los valientes siempre apreciadores,
Abrieron en silencio á los cristianos
Paso, ahogando en el pecho los rencores
De raza y religion. Los castellanos
Volvieron á montar sus piafadores
Corceles: y dejando á rienda suelta,
La ciudad, dieron á Castilla vuelta.

Cuando el sol de aquel dia en occidente
Irradiaba sus últimos reflejos,
Ya trasponia la cristiana gente
Los cerros fronterizos. A lo lejos
Les vió desde sus torres impaciente
El árabe monarca, cuyos viejos
Mas perspicaces ojos todavía
Penetran la confusa lejanía.

El brillo de las lanzas castellanas
Apenas se sumió en el horizonte,
Y apenas, embozada en sus livianas
Sombras, la noche á descender del monte
Comenzó, cuando Hasan sus africanas
Armas pidió diciendo: "Que se apronte
Una hueste elegida y numerosa
"A partir en la noche silenciosa.

"Yo la conduciré." Llamó en seguida
A su wazir Abú-l-Kazin, que era
Governador de la ciudad, y "cuida
(Le dijo) bien de que se cumpla entera
"Mi voluntad. Despues de mi partida
"Pon á Aija en una torre prisionera
"Con su hijo, y á habitar manda que vaya
"En el jeneralife la Zoraya.

"Ten á esta como mi única sultana,
"A Aija y Abú Abdil como traidores.
"Yo á tocar á una villa castellana
"Una alborada voy con mis tambores,
"Y tardaré lo mas una semana
"En volver á la Alhambra. ¡Ea, señores,
"A caballo y silencio! los soldados
"En Bib-arrambla esperan convocados."

Dijo Muley, su intimacion postrera
Dirigiendo á sus guardias: y, montando
En su caballo de batalla que era
Un árabe veloz, partió tomando
La cuesta de Gomeles, con guerrera
Planta en la plaza real desembocando:
Y, al frente de su hueste, de Granada
Salió á empresa de todos ignorada.

LIBRO TERCERO.

ZAHARA.

I

GONZALO ARIAS DE SAAVEDRA.

Está Zahara en una altura
Entre montaña y colina,
Sentada en la peña dura
Que asoma la cresta oscura
Por entre Ronda y Medina.

Cuando encienden los cristianos
De noche hogueras en ella,
No distinguen los paisanos
Si son sus fuegos lejanos
Luz de atalaya ó de estrella;

Y cuando el alba naciente
Dora la almenada villa,
Se confunde fácilmente
Con la armadura que brilla
El rielar de la fuente.

Sus atalayas pusieron
Los Moros en ella un dia,
De fosos la circuyeron,
Y apriesa la abastecieron
Porque el invierno venia.

Tuviéronla muchos años
De los cristianos guardada,
Con mil ardidés estraños
Causándoles muchos daños
En guerra tan prolongada.

A la sombra guarecidos
De sus breñas y pinares,
Bajaban como bandidos
Y robaban atrevidos
Alquerías y lugares.

Toleraban los cristianos
En silencio sus desmanes:
Pero pensando á las manos
Coger á los africanos
De aquel peñon gavianes.

Estaban los insolentes,
Aunque pocos, confiados,
Conociéndose valientes:
Los cristianos, mas prudentes,
Les cogieron descuidados.

Todos los de aquella tierra,
Procurándose en secreto
Mil utensilios de guerra,
Atravesaron la sierra
De asaltarla con objeto.

Y una noche la asaltaron,
Y guardarla no supieron
Los moros que la fundaron;
Cinco veces la cobraron
Y otras cinco la perdieron.

Entonces los vencedores
Doblaron su alta muralla,
Y abrieron fosos mayores
Para guardar previsoros
La prenda de la batalla.

Estrecha y sola una senda
Dejaron en todo el cerro,
Porque mejor se defiende,
Si se empeña otra contienda,
Su sola puerta de hierro.

Por eso en sus torreones
Y en sus anchos murallones
Guardó la morisca villa,
Sobrepuestos, los blasones
De los reyes de Castilla.

Tal es Zahara: y en la altura
Del cerro en que está fundada,
Y por la fragosa hondura
De sus barrancos guardada,
Siempre estuviera segura.

De los moros, como el nido
De un águila suspendido
En inaccesible peña,
Si menos la hubiera sido
Su fortuna Zahareña.

Pero su alcaide cristiano
Nació con estrella aciaga,
Y Dios apartó su mano
Del infeliz castellano,
Y el rayo de Dios la amaga.

Porque ¡ay! ¿qué la han de valer
Su muro y torres de piedra,
Si los ha de mantener,
Sin fortuna y sin poder,
Gonzalo Arias de Saavedra?

¡Desventurada es la historia
De este buen gobernador,
Bravo capitán sin gloria,
Blanco de mala memoria
Y de fortuna peor!

Desdichada fué su raza (1):
No hubo cálculo ni traza
Que al revés no le saliera,
Ni bando, opinión, ó plaza
Que, suya, prevaleciera.

Siguió su padre Hernán Arias
De Enrique el rey las banderas
A las de Isabel contrarias,
Y perdieron las primeras
Sus empresas temerarias.

Del de Cádiz se allegó
Hernán á los partidarios,
Y el encono se estinguíó
De los grandes sus contrarios,
Y Hernán Arias se fugó.

De los moros amparóse
Y por los moros mantuvo
A Tarifa; mas tornóse
La suerte: capitulóse,
Y Arias que entregarse tuvo.

Caballeros en Castilla
Intercedieron por él,
Y, olvidando su mancilla,
Le indultó doña Isabel
Confinándole á Sevilla.

Bien único hereditario,
En su aljarafe tenía

(1) La leyenda de Gonzalo Arias de Saavedra es histórica y mi narración en nada aumenta su poesía.—Zahara, villa que conquistó el Infante de Antequera, estaba al cuidado de Gonzalo Arias de Saavedra, hijo de Fernán Arias. Había este seguido la parcialidad de don Enrique contra la reina Isabel y la del duque de Medina Sidonia contra el marqués de Cádiz: empobrecido en tales contiendas y perseguido de muerte tuvo que refugiarse á tierras de moros conservando á Tarifa. Intercedieron algunos señores y alcanzaron su indulto, por cuyo favor entregó la plaza y se retiró á vivir tranquilo en el aljarafe de Sevilla, en un torreón solitario. Quebrantado el edificio con algunos terremotos, no pudo Fernán Arias restaurarle por su miseria; cuyo accidente ocasionó un total hundimiento y la muerte del mismo caballero y de su familia entre los escombros. Había Gonzalo conservado por merced de la reina á Zahara y vivía en ella afligido con la desventura de su familia y sin recursos para abastecer el castillo de víveres, ni sostener el necesario presidio.

(BERNALDEZ. LA FUENTE, ALCANTARA.)

Un torreón solitario,
Y allí su infortunio vario
Fuese á llorar noche y día.

Mas hé aquí que maltratado
Por el tiempo el edificio,
Y él imposibilitado
De gastar solo un cornado
De su hacienda en beneficio.

En un temblor que agitó
Las tierras circunvecinas
Su torre se desplomó,
Y Hernán Arias pereció
Sepultado entre sus ruinas.

¡Desventurado Hernán Arias!
Las estrellas tan contrarias
Le fueron en paz y en guerra,
Que hasta se le abrió la tierra
Sin exequias funerarias.

Su hijo Gonzalo, heredero
De su fortuna fatal,
Aunque habido por guerrero
Valiente y buen caballero,
Lo pasó siempre bien mal.

De su padre la memoria,
Lo siniestro de la historia
Y proverbial desventura,
Le hicieron, sin préz ni gloria,
Pasar una vida oscura.

Dotado de alto valor,
De ciencia y destreza rara
En la guerra, con honor
De alcaide gobernador
Le enviaron al fin á Zahara.

Dióle la reina Isabel
Compadecida este cargo:
Pero, dándosele á él,
El mejor panal de miel
Se le hubiera vuelto amargo.

Era Gonzalo un valiente
Y entendido capitán,
Tan audaz como prudente:
Mas ¿qué hará si no le dan
Ni bastimentos ni gente?

"Tu lealtad y tu bravura
"Tendrán á Zahara segura."
Le dijeron, y le enviaron
A Zahara: mas no contaron
Con su innata desventura.

Sin víveres y sin oro
Con que pagar sus soldados,
No puede ni su decoro
Sostener, ni contra el moro
Tenerles subordinados.

Su gente se le rebela:
Y él, solo, en continua vela,
Su fortaleza recorre,
Y hace á veces centinela
El mismo en alguna torre.

"Si no por obligación
"Por vuestro bien ayudadme,"
Les dijo en una ocasión:
Y su alférez Luiz Monzon
Contestóle ébrio: "Pagadme."

Y el pobre gobernador,
Sin influencia y sin pan,
Se vió inútil capitán
De gentes que sin temor
Ni amor hacía él están.

Pedia al gobierno amparo
De víveres ó dinero:
Pero el gobierno reparo
No ponía, y el frontero
Seguía en su desamparo.

Dos veces quiso salir
A correr la mora tierra:
Mas sus gentes, al oír
Que se trataba de guerra,
No le quisieron seguir.

Tal era la situación
De Zahara en esta ocasión;
Tal es el afán que arredra
El brio del corazón
De Gonzalo Arias Saavedra.

Por eso sus castellanos
Se están mal entretenidos
En casa de los villanos,
En pensamientos livianos
Con las mozas divertidos;

Pues por demás licenciosos
Son siempre nuestros soldados,
Cuando en puestos apartados
Les dejan vivir ociosos,
Por libres ó mal pagados.

El rey moro, que sondara
Su abandono y su pobreza,
Se dijo: "Es cosa bien clara
Que me da la fortaleza
Quien así la desampara:

Con que tomarla es razón."
Y Hasan dispuso á este fin
Misteriosa expedición,
Dándole gente en unión
La Al-hambra y el Albaicín.

Salió pues de la ciudad
Muley en la oscuridad,
Sin decir de esta salida
La razón desconocida,
Para mas seguridad.

Y es fama que el africano,
De Bib-arrambla al pasar
Bajo el arco, dijo ufano:
"Le tengo de festonar
Con cabezas de cristiano."

Era una tarde nublada
De tormenta amenazada:
El viento ronco mugía,
Y en anchas gotas caía
A espacios lluvia pesada.

Cerróse en oscuridad
El cielo, la tempestad
Desgarró las nubes pardas,
Y brilló en las alabardas
El relámpago fugaz.

Entre la enramada espesa
De un pinar de que se ampara,
Con la gente de su empresa
Iba Muley á hacer presa
En la descuidada Zahara.

Caidos los martinetes
Sobre las mojadas telas
Revueltas á los almetes,
Caminaban los ginetes
El lodo hasta las espuelas.

Mohino el rey por demás,
De los pasos el compás
Oyendo con mal humor,
Iba: junto á él un tambor
Y los peones detras.

Tras estos los saeteros
Y hasta cien arcabuceros:
Luego los escaladores,
Luego trompas y atambores,
Y luego los ingenieros.

Tras ellos, en pelotones
Flanqueados por dos alas
De ginetes con lanzones,
Muchos negros con escalas
Para entrar los torreones.

La media noche sería
¡Espantosa noche á fé!
Cuando de la roca umbría
Sobre que Zahara dormía
Se detuvieron al pié.

Contó el rey cuidadosamente
Las hogueras y señales,
En que convino prudente
Con sus guías, y la gente
Partió en dos bandos iguales.

Guardando el cerro dejó
Los ginetes: apostó
Los saeteros mejores,
Y él con los escaladores
Por el peñasco trepó.

La oscuridad, la tormenta,
Patrocinan su ascension
Ardua, silenciosa y lenta:
Todo Muley lo hubo en cuenta
Con astuta prevision.

El ruido de sus pisadas
Sofoca el ruido del viento,
Y las aguas despeñadas
Por las ásperas quebradas
Con estrépito violento.

Tal vez descienden rodando
De roca en roca chocando
Pedazos de las montañas,
Pinos, chozas y alimañas
Consigo al valle arrastrando.

Tal vez una encina añosa,
Arraigada en un peñon
Todo un siglo, estrepitosa
Se rompe con temerosa
Y atronadora esplosion.

Tal vez algun lobo, fuera
De su cueva sorprendido,
Bajo una peña cogido
Invoca á la muerte fiera
Con un espantoso aullido.

Tal vez por algun torrente
Arrastrada una serpiente
De un precipicio á la hondura,
Rasga la atmósfera oscura
Con un silbido estridente.

¡Horrible noche es aquella
En que, mientras contra Zahara
Ronca tempestad se estrella,
De la tempestad se ampara
Muley audaz contra ella!

La villa desventurada,
Por el viento sacudida,
Por el turbion anegada,
Y en las tinieblas velada,
Reposaba adormecida.

Apena en un torreón
De su vieja ciudadela,
Encogido en un rincón
Murmura escasa oración
Un cristiano centinela.

Tal vez duerme sin afán
Al calor de su gaban
En su garita, al arrullo
Que viento y agua le dan
Con su continuo murmullo:

Y tal vez, sobre la mano
La barba y en la rodilla
El codo, sueña el cristiano
Una aurora de verano
En un lugar de Castilla.

II.

¡Tremenda noche! la lluvia,
Desgajándose á torrentes
Por las quebradas vertientes
De la Sierra, con fragor
A la hondura de sus valles
Consigo arrastrando baja,
Los árboles que descuaja
Del vendabal el furor.

¡Tremenda noche! Iracundos
Los rebeldes elementos
Amagan de sus cimientos
Las montañas arrancar:
Y, en la cresta de la roca
Donde se halla suspendida,
Con ímpetu sacudida
Tiembla Zahara sin cesar.

A una aspillera asomado
De su antigua ciudadela,
El buen Arias está en vela,
Ocupado en escuchar
Los rumores que á su oído
En sus alas trae el viento,
Y un fatal presentimiento
No le deja sosegar.

Nada sus tenaces ojos
Ven en noche tan cerrada:
No percibe ni oye nada
En la densa lobreguez,
Mas que el velo tenebroso
Y la voz de la tormenta,
Cuya furia se acrecienta
Con horrible rapidez.

A sus piés reposa Zahara:
Sus tejados ve, á la lumbre
Del relámpago, en la cumbre
Donde el pueblo se fundó:
Mas la roja llamarada
Que el relámpago refleja
Le deslumbra, y no le deja
Comprender lo que á ella vió.

Al resplandor instantáneo
Conque el pueblo se ilumina,
Cree tal vez ver la colina
Con el pueblo vacilar:
Y á veces, en el instante
De iluminarse de lleno,
Cree ver de Zahara en el seno
Vagas visiones errar.

Blancos bultos, misteriosas
Sombras, móviles reflejos
Tras los muros á lo lejos
Moverse y lucir cree ver;
Cual si, haciendo de ellas vallas,
Los espíritus del monte
De sus torres y murallas
Se quisieran guarecer.

¡Delirios vanos! quimeras
De su débil fantasía!
Pasa el pobre noche y día
En continua agitacion,
Y, con fé supersticiosa
Creyendo en su fatalismo,
Recela hasta de sí mismo,
Trastornando su razon.

¡Ilusiones! Arias solo
Oye el vendabal que brama,
Y el agua que se derrama
Por los tejados rodar,
Y en los muros del castillo
El rumor acelerado
De los pasos del soldado
Que acaban de relevar.

Oye el sordo remolino
Con que rueda la tormenta
Haciendo girar violenta
Las veletas de metal,
Y zumbar estremecida
La mal sujeta campana,
Y temblar en la ventana,
El desprendido cristal.

Todos reposan en Zahara,
La atalaya de Castilla:
Solo se oyen por la villa,
En la densa oscuridad,
El agua de las goteras
Y el rumor del vago viento,
Que ruge con el acento
De la ronca tempestad.

Solo en apartada torre
Del mal guardado castillo,
Con el fulgor amarillo
De una lámpara al morir,
Velan algunos soldados
Y se siente desde fuera
El rumor de una quimera,
Y jurar y maldecir.

Oyense sus carcajadas,
Sus apodos insolentes:
Pues en esto han tales gentes
Contentamiento y placer;
Se juntan en borracheras
Para acabarlas riñendo,
Y vuelven en concluyendo
Desde reñir á beber.

Y en el calor de las orgías
Y el vapor de los licores,
Disertan de sus amores
En obsceno platicar;
Pues su lengua irreligiosa,
Sin respetos y sin vallas,
Solo de sangre y batallas
O mujeres ha de hablar.

De estas se miran algunas,
Con los soldados mas mozos
En impúdicos retozos
Y deshonesto ademan,
Que, osadas y descompuestas,
O blasfemando ó riñendo,
Hasta embriagarse bebiendo
Desatinadas están.

La trémula llamarada
De una hoguera agonizante,
Presta á su rudo semblante
Una espresion mas feroz;
Y, recibiendo la bóveda
La algazara en su ancho hueco,
Remeda con largo eco
La desentonada voz.

Harto de vino y de amores,
En dos bancos apoyado,
Cantaba un viejo soldado
Al son de un roto rabel;
E hiriendo á compas la mesa
Con plato, jarra ó cuchillo,
Aullaban el estribillo
Ellos y ellas con él.

Brindaban, y á cada brindis
Insensatos blasfemaban,
Y reian y danzaban
Completando la embriaguez:
Y sus sombras, en silencio,
Gigantescas, agitadas,
Cual fantasmas convidadas
Erraban por la pared.

“¡A ellos!” gritaron voces:
Y entraron el aposento,
Diez á diez y ciento á ciento,
Los moros del rey Hasan;
Y apenas á las espadas
Acudieron los cristianos,
Les cercenaron las manos
En donde tan mal están.

Lidieron acaso algunos:
Pero tantos les entraron,
Que al fin les acuchillaron
Con las hembras á la par.
A los gritos de los moros
Los cristianos despertaban:
¡Pero los tristes se hallaban
Cautivos al despertar!

La soñolienta pupila
Prestaba crédito apenas
A las cuerdas y cadenas,
Con que atados dos á dos
Por los árabes se vieron,
A quienes con lengua y ojos
Pedían piedad de hinojos
En el nombre de su Dios.